


do. Aquel hombre que había renovado las glorias de su predecesor, Gustavo Adolfo, y tenido algo del valor salvaje de Carlos IX, defendiendo una parte de su reino contra los rusos y otra parte de su reino contra los daneses, y su corona íntegra y su derecho absoluto contra los nobles, no había pensado en los años anteriores á su muerte cosa ninguna sino impeler la coalición monárquica contra París y salvar de los revolucionarios á la Reina. Él contribuyó á que acabaran las discordias entre Turquía y Rusia como á que comenzaran las amistades entre Austria y Prusia, todo contra la revolución y en favor de Antonieta. Imagínese cual sería el dolor de ésta viendo el caballero sin tacha, sin reproche, sin miedo, por siempre acabado para ella, merced al traidor tiro que le dispararan por la espalda. El quiotismo de Gustavo por la Reina de Francia, y la política francesa, era tan poderoso que, moribundo, entre los dolores y los desgarros de imposible cura, preguntaba qué diría Brissot acerca del caso de su muerte. Respecto de los Reyes franceses no se mordió la lengua para decirles, durante su agonía, cómo le apenaba en aquella hora suprema el retardo impuesto á la salvación regia por su ausencia eterna, cuando consagrara cuanto podía quedarle de vida en el mundo á defenderlos y á salvarlos. Así lanzábanse los príncipes y los Reyes franceses en brazos unos de otros llorando, al saber aquella infausta nueva, mientras los jacobinos proponían erigir á los dos, estatuas que recordasen á la más remota posteridad sus nombres asesinos tan sagrados en la memoria popular como los nombres de Harmodio y Aristogiton en Grecia, como los nombres de Bruto y Casio en Roma. Ya la guerra no tenía remedio, tras todos estos acontecimientos, el jesuitismo, la reacción, el viejo espíritu realista, feudal, teocrático se personificaban en Francisco II, quien debía provocar con su genio exterminador y devoto la guerra de modo irremediable. Apenas había ceñido la corona, cuando dictó el terrible *ultimátum* de Austria, por cuyas caudinas horcas, Francia no podía pasar, sin caer en el deshonor y en el suicidio. La nota resumen de todas las negaciones, engendro de todas las tinieblas, fórmula de todos los despotismos; pedía que Francia restaurase en sus propias manos el feudalismo militar antiguo, restableciendo los feudos imperiales en Alsacia, y dando un eminente dominio al Imperio sobre todos ellos, con lo cual restauraba el régimen de conquista y metía el invasor alemán dentro de la tierra suya, redimida y emancipada; que Francia restaurase también el feudalismo teócrata, restableciendo el poder temporal de los Papas en Aviñón, y dándole á estos participación en el territorio y en la soberanía nacionales; que Francia restableciera la Monarquía como estaba en la hora precedente á la hora en que los Estados Generales se declararon Asamblea Nacional y se promulgó la carta de los derechos humanos; irreverencia, desacato, burla infame al pueblo francés, quien á ello no podía responder sino como respondió, con una declaración de guerra.



CAPÍTULO CUARTO

Guerras y reveses.

n el ministerio de Relaciones Exteriores, Dumouriez procedía como quien, seguro de sí mismo y orgulloso de su causa, ni debe ni teme. Embajadores, que se arrastraban como rampantes reptiles, al pie de los poderosos sustituyólos con embajadores, que supieran escupir por el colmillo, y levantar sus frentes iluminadas por el resplandor de las nuevas ideas sobre las frentes de los reyes oscurecidas por la pavesa del moribundo absolutismo, cada día más apagado, casi ya extinto. Sus despachos parecían proclamas. Un jacobino de verdad, un republicano como Condorcet y como Brissot no hubiesen hablado á las Cortes europeas en el tono con que les hablaba Dumouriez. A este sublime tono su genio militar añadía el eco tonante de los cañoneos y el ruido y el fragor de las armas, pues era, no solamente ministro inactu de Relaciones Exteriores, era también Ministro en potencia de la guerra, y podía corroborar con balas sus despachos. Así puso al Congreso de los Reyes en la cruel alternativa de reconocer ó de combatir al Rey Constitucional. O la guerra, ó el reconocimiento: he ahí el *ultimátum* suyo, he ahí la última palabra. Desde Madrid hasta Petersburgo extendió la consigna é hizo que la notificasen á los reyes y sus ministros. Pero, acostumbrado tanto como á la guerra y á sus combates francos, á la diplomacia y á sus combates sordos, acordábase de cómo fuera espía ó enviado secreto de los reyes franceses otro tiempo y expedía desde su despacho agentes misteriosos á todas las capitales y á todas las Cortes europeas. Hechos los reyes un haz, tiraba Dumouriez á deshacerlo. No

podía comprender la unidad interna de miras entre poderosos que habían de tropezar por fuerza, no ya con diversidad, con patente contradicción de ideas y de intereses. Habiendo peleado el Austria católica y la Prusia protestante por el predominio respectivo de sus sendas iglesias y de sus sendas dinastías, no estaba en lo natural y lógico una reconciliación perdurable. Habiéndose quitado mutuamente Suecia y Rusia tiras de pellejo, pedazos de territorio, no podían los mutuamente despellejados entre sí, puestos en carnes vivas, reconciliarse tras una discordia tan enorme. Las mismas casas de Nápoles y Madrid, aunque hispanas y borbónicas ambas, hijas todas ellas de Carlos III, andaban á la greña; los mismos príncipes centrales de Italia, resto del poder y gloria de los Farnesios, de los Estes, de los Austrias, no podían verse de buenos ojos entre sí mismos, ni ver de buenos ojos á los Saboyas, sus aliados del Norte; y el Papa, como en tiempo de los angevinos, como en tiempo de los aragoneses, como en tiempo del Condestable, como en tiempo del duque de Alba, como en tiempo de aquella guerra de los treinta años, al Catolicismo tan funesta, contrastaba ó anatematizaba cualquier dinastía que reinase sobre las dos Sicilias, tomándola como usurpadora de privilegios y territorios á él pertenecientes, digna de ser excomulgada como hereje; por todo lo cual aparecía fácil soplar sobre aquel montón de combustibles, bajo cuyos rescoldos estaba la discordia bien poco apagada, y encenderlos para que unos á otros se devorasen y todos juntos se convirtieran en un montón de cenizas. No produjeron á primera vista efectos visibles y palpables, las maniobras de Dumouriez, pero no puede negarse que debilitaron muchos poderes formidables, y corrompieron otros á la hora decisiva y solemne de partirse todos en guerra. Mas ésta resultaba inevitable. Podían tener más ó menos inteligencias entre sí los Reyes; podía ejercer más ó menos influjo en cortes y gobiernos cortesanos la corrupción maquiavélica de Dumouriez; los poderes monárquicos europeos se habían unido en un haz, y resuelto hacer guerra implacable al pueblo francés, no sólo por haber éste desacatado el derecho divino en la persona de los Reyes franceses, por amenazarlo en todas las Monarquías. Aquella filósofa que se llamaba Catalina; el heredero de la corona sueca y continuador del caballeresco Gustavo; Federico Guillermo, visionario y dogmatizante y medio loco; las casas de Cerdeña y de Parma y de Nápoles; la malvada reina y el imbécil reinantes en España, se habían agrupado en torno del Emperador austriaco, todavía por tales momentos Rey tan sólo, pues los electores del imperio estaban reuniéndose para consagrarlo, y el Emperador, de acuerdo con el Papa, fuerte con sus ejércitos aquél, cargado éste de fulminantes excomuniones, presidían la coalición y el pacto de los Reyes contra Francia y los revolucionarios franceses.

¿Qué había de hacer Luis XVI sino la guerra? Todos cuantos entendían un poco de política, le aconsejaban que la declarase, pues únicamente podían los pueblos convencerse de que Luis XVI estaba con ellos, si el cuitado se atrevía con decisión á soltar la guerra democrática y revolucionaria contra los absolutos Reyes europeos. El veinte de Abril,

año 1792, fué un día magno, transcendental, decisivo. Conociase que algo extraordinario pasaba por el recogimiento de los diputados y por la general absorción de los ánimos en sí. Aquel tormentoso conjunto de hombres libres, retenía la respiración y se reconcentraba dentro de su común espíritu, cual el Océano reprime sus vientos y acalla sus olas antes de la tempestad en profunda quietud y en profundísimo silencio. Nadie se atrevió á una exclamación. Aquellos aires, tan cargados por el eco de los vítores y el calor de los entusiasmos, pesaban á una con inmensa pesadumbre sobre todos, porque parecían de plomo. Luis XVI no tuvo por qué ofenderse, ni para qué airarse, como se ofendió y airó en la última sesión del Congreso Constituyente, pues no faltaba perfil alguno de la cortesana etiqueta, ni había deficiencias de ningún género en las ceremonias. El ministro de Relaciones Exteriores, hablando en nombre y con permiso del Rey, leyó una memoria, en cuyos párrafos constaban las quejas contra el gobierno austriaco y los agravios por el Austria inferidos al Estado y al pueblo francés. No podía querellarse de cosa ninguna el Austria. Sus fronteras y las fronteras de su imperio habían sido respetadas con escrupulo, y los tratados mantenidos con lealtad. Pero Austria fué osada, en su orgullo despótico, á pedir el descoyuntamiento de Francia, exigiendo Alsacia con sus feudos germánicos para el dominio eminente de Alemania, y Aviñón, toda su tierra, para el dominio eminente de Roma, inmisión traidora en la política interior francesa, que Francia y el gobierno francés no podían tolerar sin detrimento de su independencia y mengua de su nombre. Apenas Dumouriez había concluido, cuando tomó el Rey la palabra. Educado para monarca, y absoluto, desde su niñez, tenía Luis XVI en las ceremonias el desembarazo de quien ocupa los primeros lugares en todas partes y desempeña los primeros papeles. Concentrado en sí mismo por naturaleza y por hábito, el alma le salió en este momento á la boca y dijo cuanto podía decirse con voz, un poco bronca, pero firme y resuelta. Recomendó así primero el relato hecho por Dumouriez en alta voz al Parlamento, repetición del hecho al Consejo. Añadió que los hechos historiadados en este relato le parecían verdaderos; los comentarios le parecían justos; y la lógica resolución, consecuecia de todo, inmejorable. Agotados los medios de conservar la paz, dadas cuantas concesiones podían ser compatibles con la honra y con la integridad nacionales, no podía sustraerse á lo supremo é imperioso de las circunstancias, aunque la guerra fuese un mal siempre y mucho más entonces. Así, resumiendo en una proposición breve todos los propósitos manifestados por todos, abreviólos en este colarario: «Vengo, según los preceptos de la Constitución, á proponeros formalmente la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.» Como el Imperio, á pesar de hallarse vinculado por vínculo hereditario en la dinastía de Austria, desde los tiempos del gran Emperador Carlos V, conservaba las apariencias de electivo, y la elección todavía no estuviera hecha, y sólo preparada, Luis XVI, no pudo dar al sobrino carnal de su mujer, al hijo de su cuñado el Emperador Leopoldo, más título que su título de Rey. *Alea jacta est.* La pala-

bra del Rey declaraba la guerra mucho antes de que la declarara el Congreso. Y así como la reserva, la circunspección, el silencio se habían impuesto mientras el grande acto, la declaración de guerra, se preparaba; imponíase un entusiasmo fervoroso después de concluida con aquella formularia proposición, aceptada de antemano por todo el mundo. La mayor parte de las gentes creía la guerra generadora de todos los bienes, pues como la esperanza, en el hombre inextinguible de suyo, dilatándose allende la muerte, á todo se ase y agarra por necesidad, asíóse y agarróse á este medio único de reunir los franceses en un sentimiento común, disciplinar los pueblos indisciplinados, poner en sus altares la triste autoridad pública de aquel entonces, y tener un ejército con que garantizar la libertad y restablecer el gobierno.

El Congreso puso un largo intermedio entre la proposición del Monarca y sus resoluciones, como si quisiera sacudir los afectos, la emoción, que lo embargaban y recoger y reconcentrar su juicio antes de formularlo en definitivo inapelable decreto. Durante toda la tarde, no pudo, ni debió reunirse. Por la noche, á eso de las nueve, comenzó la sesión. El espíritu público pesaba sobre la Cámara como la presión atmosférica sobre nuestras frentes. Y así Pastoret, perteneciendo á los monárquicos parlamentarios enemigos de la guerra por quererla tanto los casi republicanos de la Gironda, se expresó en favor de la guerra, derivándola, no de aquella hora solemne, de la sistemática perdurable contradicción sustentada en todos los siglos por el Austria contra Francia. Fué más fiel Becquet al dogma constitucional y monárquico que Pastoret, cómplice inconsciente de la Gironda y de la República. Mucho valor necesitó aquél para subir á la tribuna y atacar la guerra. No quieren las Asambleas, determinadas á una resolución grave, oír la voz de quienes combaten esa revolución, ó la retardan. Y nada en el mundo atemoriza ó desconcierta como los rumores contrarios al orador y á sus tesis de cualquier Asamblea, ó la distracción y el desdén. Sin embargo Becquet se arriesgó á todo en el cumplimiento de su deber y en la expresión de sus creencias. Planteada la Constitución apenas, dábale miedo que la sacudiese un viento tan fuerte, capaz de destruirla y desarraigarla. En medio de una guerra no puede conocerse y experimentarse la libertad. Como el temperamento regular de los individuos no funciona con regularidad en las crisis de los males agudos; el orden político no puede tampoco funcionar en las crisis de los combates ó guerras á muerte. Para él mientras los soldados iban á combatir por el Estado fuera, las facciones contra el Estado iban á levantarse dentro. El pueblo ciego, iba ciego á la guerra creyendo tener que habérselas con Austria sola. Pero no creía el orador pudiese quedar neutral ninguna de las potencias dirigidas por un Estado monárquico; ni siquiera Inglaterra. Como el conflicto en las fronteras del Este debía tropezar con Bélgica y Holanda, reuniríase á Prusia Inglaterra para sostener la estabilidad de ambos Estados contra Francia. Sin duda, por mucho que amaran la libertad los ingleses, aunque fuera tormentosa como la libertad en Francia existen-

te no podían perder su carácter primordial, el carácter puramente mercantil, y las necesidades imperiosas del gobierno la obligarán siempre á no dejar los Países Bajos en poder ó sobre el influjo de Francia. Según el orador, Francia no debió declarar la guerra, debió aguardar que á ella se la declarasen. Vale más en toda guerra una idea de justicia que una grande aglomeración de fuerza. Los pueblos, al ver atacados los franceses, por fuerza estarían con el pueblo que los representa y los defiende á todos. Pero si la guerra partía de Francia, que no se equivocara ésta; cada Estado monárquico, tarde ó temprano, conseguiría que se confundiese con la causa del poder de los Reyes la causa del derecho á su independencia de los pueblos. La guerra, promovida por los emigrados, fué siempre como el asidero de la reacción, quien jamás dispondría de otra tabla para su propio salvamento en aquel horrible naufragio. Mientras los emigrados sólo supieran á una conspirar, inspirarían desprecio; desde que combatiesen y murieran por las antiguas monarquías absolutistas, inspirarían miedo. Antes de la guerra parecen ridículos, en la guerra parecerán fuertes, y quién sabe si después de la guerra parecerán y serán victoriosos. He ahí las principales razones de Becquet, profundamente políticas, y de un poder lógico incontrastable. En vano el Parlamento entero se revolvió contra hombre de tal entereza, en vano cubrieron su voz rumores sin término y protestas sin cuento; magnetizado por la visión de sus ideas y por la invencible antipatía sentida por él á la guerra, Becquet dijo su discurso tal y como se lo había propuesto después de muy pensado.

Habiendo hablado Pastoret para defender con ahinco la guerra, y Becquet para defender con ahinco la paz, faltaba la opinión vacilante, la incierta entre los dos extremos, guerra ó paz, y la mantuvo el orador dantoniano Basire. Siempre que nos encontramos con algún apellido nuevo, nunca mentado antes, nos detenemos á estudiar con atención á quien lo lleva, según el método conocido nuestro. Aunque Basire se removiera mucho en este año noventa y dos; aunque hablara y discutiera sin tasa en los jacobinos; como llena un segundo lugar de rango y carácter bastante modesto, no había para qué historiarlo en una Historia general, que no puede ser un Museo de Biografías. Pero cuando se levanta en hora tan solemne como la que precede á una declaración de guerra, cuyas consecuencias aún vemos y tocamos, no hay más remedio que contemplarlo con aquella detención exigida por su importancia y conocerlo con aquel estudio natural impuesto por los personajes históricos. ¡Parece imposible! Siendo la revolución francesa como un espíritu nuevo, emanado de la conciencia secular europea; una especie de aire vital, constituido por tantos gases como habían desprendido en su etérea carrera universidades, sistemas, enciclopedias, artes, ciencias; pensaran de tan diversas suertes los que las respiraban en los altos eminentísimos de la sociedad y del Estado. Brissot, jefe de los girondinos, estaba por la guerra; estaba por la paz Robespierre, jefe de los jacobinos; y estaba en una situación intermedia entre la paz y la guerra Danton, jefe de los franciscanos. Pues, entre los capita-